

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

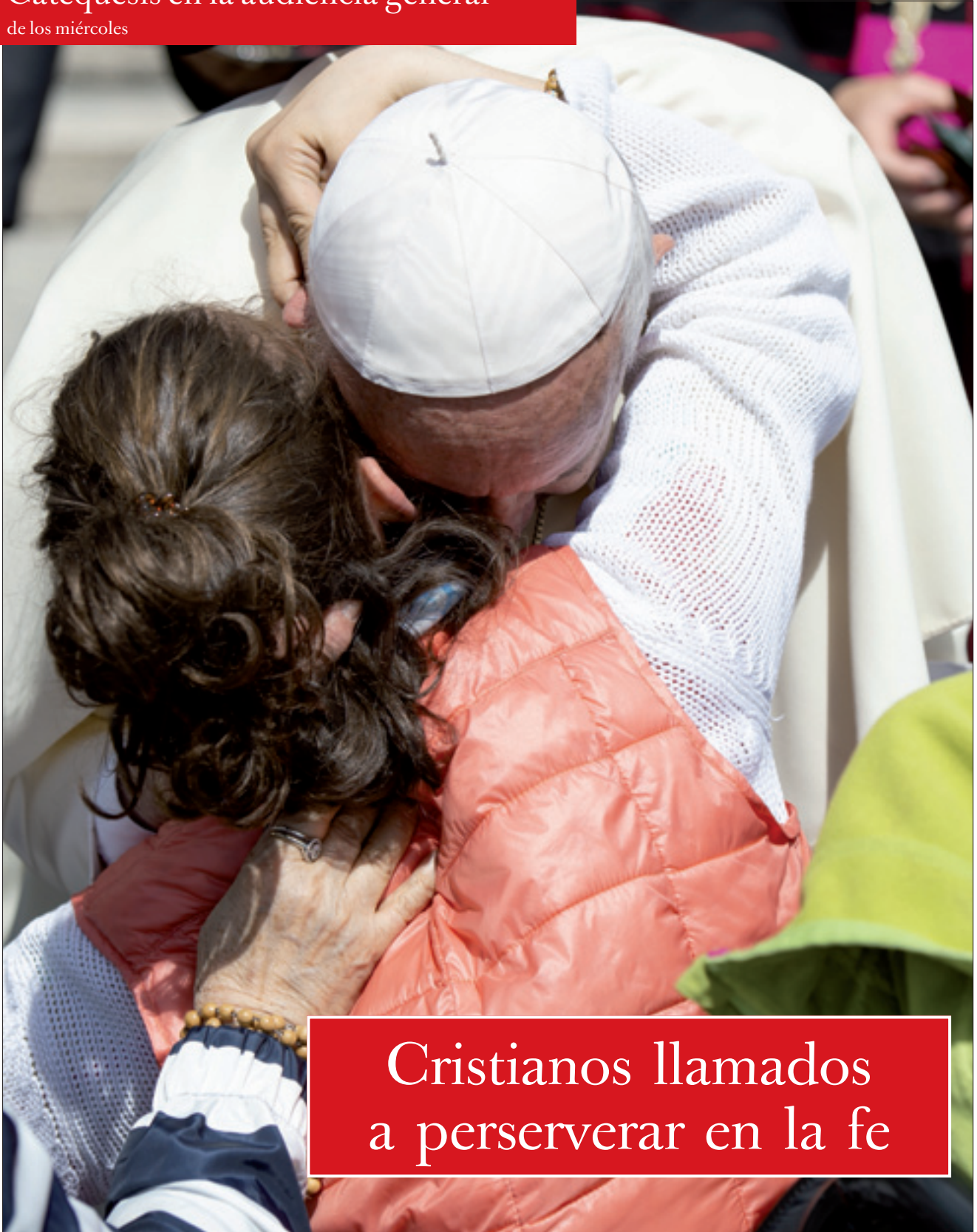
Unicuique suum Non praevalent

Año L, número 20 (2.567)

Ciudad del Vaticano

18 de mayo de 2018

Catequesis en la audiencia general
de los miércoles



Cristianos llamados
a perseverar en la fe

Tierra Santa



Deseo expresar mi gran dolor por los muertos y heridos en Tierra Santa y Oriente Medio. La violencia nunca lleva a la paz. Por ello, invito a todas las partes en causa y a la comunidad internacional a renovar los esfuerzos para que prevalezcan el diálogo, la justicia y la paz

(@pontifex_es, 16 de mayo, 15:30)

Obras de amor



No hay amor sin obras de amor. La entrega al hermano brota del corazón que ama

(@pontifex_es, 16 de mayo, 13:30)

La familia



La familia es la esperanza del futuro. Oremos especialmente por las familias que atraviesan grandes dificultades, para que el Señor las sostenga

(@pontifex_es, 15 de mayo, 13:30)

Periodismo de paz



Invito a los profesionales de la comunicación a promover un periodismo de paz al servicio de todas las personas, especialmente de aquellas que no tienen voz

#WorldCommunicationsDay

(@pontifex_es, 13 de mayo, 13:30)

La semana del Papa

Reunión con los obispos chilenos

El Papa Francisco se reunió con los obispos de Chile del 15 al 17 de mayo en el Vaticano. El pasado 8 de abril les envió una carta para convocarlos. Francisco, como informa la Sala de Prensa de la Santa Sede, «interpelado por las circunstancias y los desafíos extraordinarios que plantean los abusos de poder, sexuales y de conciencia, ocurridos en Chile a lo largo de las últimas décadas, considera necesario examinar en profundidad sus causas y consecuencias, así como los mecanismos que han llevado en algunos casos a su encubrimiento y a las graves omisiones hacia las víctimas». A lo largo de los encuentros, el Papa también ha compartido sus conclusiones personales derivadas de la reciente misión especial a Chile confiada a monseñor Charles Scicluna, Arzobispo de Malta, y al sacerdote Jordi Bertomeu, de la Congregación para la Doctrina de la Fe y de otros testimonios orales y escritos que ha continuado recibiendo.

En las reuniones, que se desarrollaron en estricta confidencialidad, participaron 31 Obispos diocesanos y auxiliares y 3 Obispos eméritos. El Papa estuvo acompañado por el prefecto de la Congregación para los obispos, cardinal Marc Ouellet. El objetivo de este largo «proceso sinodal» es discernir juntos, en la presencia de Dios, la responsabilidad de todos y cada uno en esas heridas devastadoras, así como el estudio de los cambios adecuados y duraderos que impidan la repetición de actos siempre reprobables. En el comunicado, la Sala de prensa explicó que «es fundamental restaurar la confianza en la Iglesia mediante pastores buenos que testimonien con su vida el haber conocido la voz del Buen Pastor: que sepan acompañar el sufrimiento de las víctimas y trabajar de manera decidida e incansable en la prevención de los abusos». Dos obispos elegidos como portavoces de la Conferencia episcopal chilena ofrecieron una rueda de prensa con los medios internacionales la víspera de los encuentros con el Papa, en la que dijeron que llegaban a Roma «con dolor y vergüenza» y que «si es necesario, pediremos perdón hasta se-

tenta veces siete». También subrayaron que el Papa «nos ha dado un ejemplo claro de lo que tenemos que hacer».

Inauguración Sede Scholas

Barrio 31, un barrio de chabolas en el corazón de Buenos Aires, recibió una videoconferencia desde Roma del Papa Francisco para inaugurar una sede de Scholas Occurrentes. Para la ocasión, en el Barrio 31 fueron invitadas algunas personas del mundo del deporte: todos alrededor de una multitud de chicos y una orquesta formada también por jóvenes, que tocaron en directo desde la capital argentina para el Pontífice, que en ese momento se encontraba en la sede romana de Scholas. Allí fue recibido por un centenar de jóvenes que participaron en los talleres de Scholas en diez países del mundo: Argentina, Paraguay, Colombia, México, Perú, Brasil, Haití, Mozambique, España e Italia. Una vez allí, Francisco inauguró virtualmente otras sedes de Scholas a través de videoconferencias. Saludando a los interlocutores invitó a las nuevas generaciones de jóvenes formadores de Scholas a no dormir, a no perder la capacidad de soñar con los ojos abiertos, porque todos son capaces de soñar durmiendo. Les instó a mirar a lo lejos, sabiendo que un sueño puede transformarse en realidad. Por tanto, les pidió que arriesguen, que encuentren la valentía de luchar por la vida, por las ilusiones, a no jubilarse antes de tiempo.

Encuentro con la diócesis de Roma

Es necesario escuchar sin temor nuestra sed de Dios y el grito que sale de nuestra gente de Roma, preguntándonos: ¿En qué sentido este grito expresa una necesidad de salvación, es decir de Dios? Es la invitación dirigida por el Papa Francisco a los representantes de los distintos componentes de la comunidad diocesana de Roma que participaron en el encuentro que se celebró el lunes 14 de mayo por la tarde, en la basílica de San Juan de Letrán. Después de haber escuchado la relación de síntesis del trabajo de la comisión que en los meses pasados profundizó el tema de las «enfermedades espirituales» y después de

responder a cuatro preguntas planteadas por el arzobispo vicario Angelo De Donatis, el Pontífice pronunció un discurso en el cual exhortó a dejarse «iluminar por el paradigma del éxodo, que cuenta precisamente cómo el Señor haya elegido y educado un pueblo al cual unirse, para hacerlo el instrumento de su presencia en el mundo». Este suceso, explicó, «habla de una esclavitud, de una salida, de un pasaje, de una alianza, de una tentación/murmuración y de un ingreso», pero es, en sustancia, «un camino de sanación». Y como tal puede orientar los pasos de la comunidad eclesial de Roma, ayudándola a liberarse de «una condición de esclavitud, es decir de limitación sofocante, de dependencia de cosas que no son el Señor».

Instrucción Cor orans sobre la vida contemplativa

Sobriedad y discreción en el uso de los medios de comunicación para salvaguardar el recogimiento y el silencio: la tarea del capítulo conventual será «establecer la modalidad de uso de estos medios», pidiendo a las monjas «madurez de juicio y capacidad de discernimiento, y sobre todo amor a la propia vocación contemplativa». Es uno de los puntos principales de la nueva instrucción *Cor orans* de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica. Lo presentó el martes por la mañana, 15 de mayo, en la Sala de prensa de la Santa Sede, el arzobispo secretario José Rodríguez Carballo, junto al subsecretario, el cisterciense Sebastiano Paciolla. El nuevo documento sobre la vida contemplativa, explicó el prelado, nació con el intento de indicar algunas líneas aplicativas de la constitución apostólica del Papa Francisco *Vultum Dei quaerere*, del 29 junio 2016. El texto, en particular, precisa que la autonomía jurídica reconocida a cada monasterio *sui iuris* debe «presuponer una real autonomía de vida», es decir la capacidad «de gestionar la vida del monasterio en todas sus dimensiones: vocacional, formativa, gubernamental, relacional, litúrgica, económica».



Llamamiento del Papa por el final de la violencia en Indonesia. Después de los atentados que han sacudido al país asiático, en particular los que han golpeado las comunidades cristianas de Surabaya, el Pontífice expresó su cercanía a la población durante el Regina coeli del domingo 13 de mayo, deseando que «en el corazón de todos encuentren espacio sentimientos de reconciliación y de fraternidad». Antes, refiriéndose a la solemnidad litúrgica celebrada en Italia y otros países del mundo, Francisco había invitado a los fieles presentes en la plaza de San Pedro a ser «hombres y mujeres de la Ascensión, es decir buscadores de Cristo a lo largo de los senderos de nuestro tiempo».

En el Regina coeli el llamamiento del Papa después de los atentados en Indonesia

Basta odio y violencia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, en Italia y en muchos otros países se celebra la solemnidad de la Ascensión del Señor. Esta fiesta contiene dos elementos. Por una parte, la Ascensión orienta nuestra mirada al cielo, donde Jesús glorificado se sienta a la derecha de Dios (cf. *Mateo* 16, 19). Por otra parte, nos recuerda el inicio de la misión de la Iglesia: ¿Por qué? Porque Jesús resucitado ha subido al cielo y manda a sus discípulos a difundir el Evangelio en todo el mundo. Por lo tanto, la Ascensión nos exhorta a levantar la mirada al cielo, para después dirigirla inmediatamente a la tierra, llevando adelante las tareas que el Señor resucitado nos confía.

Es lo que nos invita a hacer la página del día del Evangelio, en la que el evento de la Ascensión viene inmediatamente después de la misión que Jesús confía a sus discípulos. Una misión sin confines, —es decir, literalmente sin límites— que supera las fuerzas humanas. Jesús, de hecho dice: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (*Marcos* 16, 15). Parece de verdad demasiado audaz el encargo que Jesús confía a un pequeño grupo de hombres sencillos y sin grandes capacidades intelectuales. Sin embargo, esta reducida compañía, irrelevante frente a las grandes potencias del mundo, es invitada a llevar el mensaje de amor y de misericordia de Jesús a cada rincón de la tierra. Pero este proyecto de Dios puede ser realizado solo con la fuerza que Dios mismo concede a los apóstoles. En ese sentido, Jesús les asegura que su misión será sostenida por el Espíritu Santo. Y dice así: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra» (*Hechos de los apóstoles* 1, 8). Así que esta misión pudo realizarse y los apóstoles iniciaron esta obra, que después fue continuada por sus sucesores. La misión confiada por Jesús a los apóstoles ha proseguido a través de los siglos, y prosigue todavía hoy: requiere la colaboración de todos nosotros. Cada uno, en efecto, por el bautismo que ha recibido está habilitado por su parte para anunciar el Evangelio. La Ascensión del Señor al cielo, mientras inaugura una nueva

forma de presencia de Jesús en medio de nosotros, nos pide que tengamos ojos y corazón para encontrarlo, para servirlo y para testimoniarlo a los demás. Se trata de ser hombres y mujeres de la Ascensión, es decir, buscadores de Cristo a lo largo de los caminos de nuestro tiempo, llevando su palabra de salvación hasta los confines de la tierra. En este itinerario encontramos a Cristo mismo en nuestros hermanos, especialmente en los más pobres, en aquellos que sufren en carne propia la dura y mortificante experiencia de las viejas y nuevas pobreza. Como al inicio Cristo Resucitado envió a sus discípulos con la fuerza del Espíritu Santo, así hoy Él nos envía a todos nosotros, con la misma fuerza, para poner signos concretos y visibles de esperanza. Porque Jesús nos da la esperanza, se fue al cielo y abrió las puertas del cielo y la esperanza de que lleguemos allí.

Que la Virgen María, que como Madre del Señor muerto y Resucitado animó la fe de la primera comunidad de discípulos, nos ayude también a nosotros a mantener «nuestros corazones en alto», así como nos exhorta a hacer la Liturgia. Y que al mismo tiempo nos ayude a tener «los pies en la tierra» y a sembrar con coraje el Evangelio en las situaciones concretas de la vida y la historia.

Al finalizar la oración mariana, después del llamamiento por la paz en Indonesia, el Pontífice recordó la Jornada mundial de las comunicaciones sociales, dedicada este año al tema «Fake news y periodismo de paz». A continuación saludó a los distintos grupos presentes, concluyendo el Regina coeli con unas palabras a las madres, en el día en el que se celebra su fiesta, y con una oración a la Virgen de Fátima.

Queridos hermanos y hermanas:

Estoy particularmente cerca del querido pueblo de Indonesia, de modo especial de las comunidades cristianas de la ciudad de Surabaya duramente golpeadas por el grave ataque contra lugares de culto. Elevo mi oración por todas las víctimas y sus familias. Juntos invoquemos al Dios de la paz para que haga cesar estas violentas acciones, y en el corazón de todos encuentren espacio

no sentimientos de odio y violencia, sino de reconciliación y de fraternidad. Recemos en silencio.

Hoy es la Jornada mundial de las comunicaciones sociales, sobre el tema «Fake news —es decir, noticias falsas— y periodismo de paz». Saludo a todos los operadores de los medios de comunicación, en particular a los periodistas que se empeñan en buscar la verdad de las noticias, contribuyendo a crear una sociedad justa y pacífica.

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos; en particular a los músicos y a los grupos folclóricos venidos de Alemania; a los fieles paraguayos residentes en Roma de la comunidad «Virgen de Caacupé»; a los participantes en el congreso de la UCIIM a 50 años de la muerte del fundador Gesualdo Nosengo; al movimiento «Dives in Misericordia» de Nápoles.

Saludo a los fieles de Catania, Scandicci, San Ferdinando de Puglia y San Marzano sul Sarno; a los numerosos chicos de la confirmación y confirmados de Génova, como a aquellos de Emmenbrücke (Suiza) y Liscate; a los niños de la parroquia de San Giustino en Roma; y a los estudiantes del Instituto «Tommaso Aversa» de Mistretta.

Saludo a los trabajadores de la «Federal Express Europe», con el deseo de que las dificultades actuales encuentren una solución positiva. Dirijo un pensamiento especial a los Alpini, reunidos en Trento para la Asamblea Nacional. Les animo a ser testigos de caridad y operadores de paz, sobre el ejemplo de Teresio Olivelli, alpino, defensor de los débiles, recientemente proclamado beato.

Siendo hoy la jornada dedicada a las madres en muchos países, ¡un aplauso a las madres! Quisiera saludar a todas las madres, agradeciéndoles por su custodia de las familias. Recuerdo también a las madres que están en el cielo y continúan custodiándonos con la oración. ¡Recemos a nuestra Madre celeste, que hoy 13 de mayo, con el nombre de Nuestra Señora de Fátima, nos ayuda a proseguir en el camino.

Os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Mensaje a los participantes de la vigilia mariana internacional

La santidad es un elixir de juventud



«Si alguno —incluidos vuestros padres, vuestros sacerdotes, vuestros profesores— intenta cerraros la boca, recordadles que la Iglesia y el mundo necesitan también de los jóvenes para rejuvenecerse a sí mismos»: lo subrayó el Papa en el videomensaje a los participantes de la vigilia mariana internacional de las nuevas generaciones, que tuvo lugar el sábado por la tarde, en el nuevo santuario de San Gabriel de la Dolorosa, en la Isla del Gran Sasso de Italia, en Abruzzo. Guiada por el cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario del Sínodo de los obispos, la liturgia se desarrolló en conexión por vídeo con otras cuatro diócesis en varios continentes.

Queridos hermanos:

Estoy contento por participar en la vigilia mariana internacional de los jóvenes en preparación a la próxima Asamblea del Sínodo de los Obispos, organizada en el nuevo santuario de San Gabriel de la Dolorosa. Es verdad que estoy físicamente lejos de vosotros, pero gracias a las modernas tecnologías de la comunicación tenemos la posibilidad de acortar las distancias. En realidad, nosotros cristianos sabemos desde siempre que la única fe y la oración concorde unen a los creyentes en todo el mundo: se puede decir que, incluso sin saberlo, ¡hemos sido los precursores de la revolución digital!

Saludo a vuestro pastor, monseñor Lorenzo Leuzzi, que desde el principio de su ministerio en medio de vosotros os ha implicado en el camino sinodal, y el cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario general del Sínodo, que celebra la santa misa para vosotros.

Quisiera ahora confiaros algunos pensamientos que tengo particularmente en el corazón.

El primer pensamiento es para María. Es bonito que los jóvenes recen el rosario, manifestando así su afecto por la Virgen. Su mensaje, por otro lado, es hoy más actual que nunca. Y esto porque ella es una joven entre los jóvenes, una «mujer de nuestros días», como amaba decir don Tonino Bello.

Era joven —quizá apenas adolescente— cuando el ángel le dirigió la palabra, alterando sus pequeños proyectos para hacerla parte del gran proyecto de Dios en Jesucristo.

Permaneció joven también después, cuando, a pesar del pasar de los años, se hizo discípulo del Hijo con el entusiasmo de los jóvenes, y lo siguió hasta la cruz con la valentía que solo poseen los jóvenes. Permanece joven para siempre, también ahora que la contemplamos Asunta en el Cielo, porque la santidad mantiene eternamente joven, es el verdadero «elixir de la juventud» del que

tanto necesitamos. Es la renovada juventud que nos ha traído la resurrección del Señor.

Lo entendió bien san Gabriel de la Dolorosa, patrón de los estudiantes, un santo joven enamorado de María. Él, que había perdido a su madre de niño, sabía que tenía en el Cielo dos madres que velaban por él. Y así se comprende su gran amor por la oración del rosario y su tierna devoción por la Virgen, que quiso asociar para siempre a su propio nombre cuando, con tan solo dieciocho años, se consagró a Dios en la Familia religiosa de los Pasionistas, convirtiéndose en Gabriel de la Dolorosa.

Como he afirmado recientemente en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, «la santidad es el rostro más bello de la Iglesia» (n. 9) y la transforma en una comunidad «simpática» (cf. n. 93). Si san Ambrosio se decía convencido de que «toda edad es madura para la santidad» (*De virginitate*, 40), sin duda lo es también la edad juvenil. ¡No tengáis miedo de ser santos, mirando a María, a san Gabriel y a todos los santos que os han precedido y os indican el camino!

El primer pensamiento es para María. El segundo es para los jóvenes conectados con vosotros desde distintas partes del mundo para participar en esta vigilia. Saludo con afecto a los jóvenes de Panamá, reunidos en el santuario internacional del Corazón de María con el obispo monseñor Domingo Ulloa Mendieta, con los cuales me reuniré el próximo año con ocasión de la Jornada mundial de la juventud; los jóvenes de la Federación Rusa, reunidos en la catedral de la Transfiguración en Novosibirsk con su obispo monseñor Joseph Werth y el delegado para los jóvenes de toda Rusia, monseñor Clemens Pickel; los jóvenes de Irlanda, conectados desde *Glencomeragh House*, casa de oración y formación para jóvenes, junto al obispo monseñor Alphonsus Cullinan; y finalmente los jóvenes de Taiwán, reunidos

en Taiwán en la iglesia dedicada a *Our Lady of Assumption*.

Precisamente en estos días los obispos de Taiwán están en Roma para la visita «ad limina». ¡Estarán contentos de saber que sus jóvenes rezan y que hoy están también ellos junto al Sucesor de Pedro! Queridos jóvenes, unidos en oración desde lugares tan lejanos, vosotros sois una profecía de paz y de reconciliación para toda la humanidad. No me cansaré nunca de repetirlo: ¡no levantéis muros, construid puentes! ¡No levantéis muros, construid puentes! Unid las orillas de los océanos que os separan con el entusiasmo, la determinación y el amor del que sois capaces. Enseñad a los adultos, cuyo corazón a menudo se ha endurecido, a elegir el camino del diálogo y de la concordia, para entregar a sus hijos y a sus nietos un mundo más bello y más digno del hombre.

El tercer y último pensamiento es para el Sínodo ya cercano. Ya sabéis que la próxima Asamblea del Sínodo de los Obispos estará dedicada a «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional», y que toda la Iglesia está ya desde hace tiempo intensamente comprometida con el camino sinodal.

Encontrando muchos jóvenes como vosotros con ocasión de la reunión pre sinodal del pasado mes de marzo, advertí del peligro de hablar de los jóvenes sin hacer hablar a los jóvenes, dejándoles a «distancia de seguridad». Los jóvenes no muerden, pueden acercarse y tienen el entusiasmo, y vosotros además del entusiasmo tenéis la llave del futuro.

Queridos jóvenes, volviendo a vuestras familias y vuestras parroquias —en Téramo, Panamá, Rusia, Irlanda, Taiwán—, no dejéis que os callen. Ciertamente, quien habla puede equivocarse, y también los jóvenes alguna vez se equivocan, son humanos, pecando de imprudencia, por ejemplo. Pero no tengáis miedo de equivocaros y de aprender de vuestros errores, así se va adelante. Si alguno —incluidos vuestros padres, vuestros sacerdotes, vuestros profesores— intenta cerraros la boca, recordadles que la Iglesia y el mundo necesitan también de los jóvenes para rejuvenecerse a sí mismos. Y no os olvidéis de tener a vuestro lado aliados imbatibles: Cristo, el eternamente joven; María, mujer joven; san Gabriel y todos los santos, que son el secreto de la perenne juventud de la Iglesia.

Veintitrés años

GIOVANNI MARIA VIAN

Mario Agnes fue un exponente significativo, y al mismo tiempo reservado, del catolicismo italiano. Nacido en la tierra irpina en una familia de sólidas raíces católicas y a la que permaneció siempre muy ligado, se distinguió por la fidelidad absoluta a la jerarquía eclesiástica. En los últimos treinta años del siglo XX vivió su compromiso de laico primero en la Acción católica (de la que fue, entre otras, presidente nacional) y después en *L'Osservatore Romano*, que dirigió casi un cuarto de siglo. Seco y casi excavado en el físico, riguroso en los modos a veces cortantes, con el transcurso de los años había dulcificado un carácter fuerte e impetuoso que, a quienes lo conocieron de cerca, mostraba atenciones inesperadamente amigables e incluso diligencias afectuosas. Concluida su larga dirección, se había aislado cada vez más en su vivienda en el Vaticano y en los últimos años había sido golpeado por una grave enfermedad, afrontada sin lamentos, y había sufrido sobre todo la pérdida de su querida hermana. Hasta los últimos días continuó de todos modos siguiendo la actualidad, recibiendo a los sobrinos y amigos, pero prefiriendo más a menudo breves conversaciones por teléfono. El periodo de su dirección en el periódico de la Santa Sede fue el segundo más largo en la historia de *L'Osservatore Romano*, después de los cuarenta años de Giuseppe Dalla Torre, extendiéndose durante veintitrés años bajo dos pontificados: Juan Pablo II y Benedicto XVI. Y con el aristócrata paduano, aunque muy diferente de él y en tiempos modificados desde la raíz, Mario Agnes tuvo trazos comunes: el compromiso en el movimiento católico, la fidelidad al servicio de la Santa Sede y, finalmente, un gobierno firme del periódico.

Transformada en el tiempo del concilio y por la dirección de Raimondo Manzini, que fue nombrado por Juan XXIII y que con coherente e inteligente apertura supo después interpretar los decisivos quince años de Montini, la cabecera vaticana estuvo después guiada durante más de seis años por Valerio Volpini, intelectual esquivo y refinado. Le sucedió, llamado por Juan Pablo II, el que entonces no tenía cincuenta y tres años Agnes, que sin titubear afrontó dificultades externas e internas en el diario. Su atención se dirigió sobre todo a las transformaciones, incluso conflictivas, del catolicismo italiano y a este compromiso se añadió la entrada en el periódico de las nuevas tecnologías, que acogió incluso sin utilizarlas personalmente.

Muy fiel al primer Papa no italiano después de casi medio milenio, Agnes guió el diario de la Santa Sede en el periodo en el que se afirmó y se consolidó la proyección vigorosamente planetaria del pontificado de Wojtyła. Pero no abandonó la mirada apasionadamente participe sobre Italia y sobre los acontecimientos de los católicos en la península. Al término de su dirección dejó con conciencia serena una redacción madurada y dispuesta a continuar, a través de mutaciones indispensables a cada periódico que quiera ser auténticamente tal, un compromiso institucional diario y silencioso. Al servicio de un editor que no tiene comparación en el panorama internacional de los medios.



Muere Mario Agnes, director de *L'Osservatore romano* desde 1984 hasta 2007

Un estilo inconfundible

Como director emérito de *L'Osservatore Romano*, después de un largo periodo al frente del periódico de la Santa Sede, Mario Agnes quiso seguir viviendo en su vivienda en el Vaticano, entre los muros de «la casa del Papa», donde murió la tarde del 9 de mayo. Su apartamento era austero y modesto, como su estilo de vida, como cuenta Francesco M. Valiante en una crónica publicada en la edición diaria del periódico el sábado 12 de mayo, donde destaca su sentido personal de pertenencia a la Iglesia, concebido como un vínculo de cercanía física además de espiritual, a la Sede Apostólica y al Pontífice Romano.

Hasta que sus fuerzas se lo permitieron, cada domingo Agnes recorría a pie el breve trayecto que lo separaba de la parroquia de Santa Ana, para participar en la misa. Y precisamente en la pequeña iglesia a las puertas del Vaticano, la mañana del 12 de mayo, el arzobispo Vincenzo Paglia celebró el rito fúnebre. Sus restos reposarán en Serino, el pueblo donde nació hace 86 años, el 6 de diciembre de 1931 y donde empezó su militancia en la Acción católica como educador parroquial de los jóvenes.

Se licenció en Letras en la Universidad de Nápoles y después fue docente de historia del cristianismo en el Magisterio de Cassino y asistente ordinario en la Universidad de Roma La Sapienza. También cubrió cargos

de creciente responsabilidad en las filas de la mayor asociación de laicos italiana. Allí llevó el timón durante siete años, hasta 1980, apostando por valorar la dimensión religiosa de la asociación sin descuidar su vocación social y civil y fortaleciendo el vínculo con la jerarquía, en particular con los Papas. Primero con Pablo VI y después con Juan Pablo II, que lo llamó en 1984 para dirigir el *L'Osservatore Romano*. Concluido el pontificado de Juan Pablo II, Agnes continuó dirigiendo el periódico también con Benedicto XVI, hasta septiembre de 2007, cuando el Pontífice le confirió el título de «director emérito», llamando a sucederle a Giovanni Maria Vian y expresándole en una carta un «vivo aprecio por las dotes de inteligencia y de corazón» reveladas «en el desempeño de sus deberes delicados y exigentes».

En una crónica publicada el sábado 12 de mayo en la edición diaria de *L'Osservatore Romano*, Piero Di Domenicoantonio recuerda a Agnes en una crónica titulada «Aquella corbata un poco floja».

Cuenta que en la redacción alguno pensaba que el profesor llevaba corbata también sobre el pijama y explica que el jefe de la sección de Internacional en la época se lo preguntó y obtuvo una carcajada por respuesta. Mario Agnes se presentó en el periódico con las palabras del mensaje del Concilio a los jóvenes: «Darse sin retorno».



Mario Agnes con el Papa Juan Pablo II

El pésame del Papa

Mario Agnes, director emérito del Osservatore Romano murió la tarde del 9 de mayo en su vivienda en el Vaticano. Publicamos a continuación, el telegrama enviado al sobrino, el profesor Salvatore Agnes, por el Pontífice.

Recibida la noticia de la desaparición del profesor Mario Agnes, presidente nacional de la Acción católica italiana y director emérito de *L'Osservatore Romano*, le expreso a usted y a todos los familiares mi pésame personal. Deseo, en particular, recordar con gratitud su compromiso con el laicado católico y, sobre todo, el servicio generoso y prolongado en la dirección del periódico de la Santa Sede. Mientras aseguro mi oración para que el Señor resucitado acoja en su reino glorioso al difunto profesor, imparto a usted y a cuantos lloran la desaparición la Bendición apostólica.

FRANCESCO PP.

CARLOS MARÍA GALLI*

El nuevo documento de la Comisión Teológica Internacional (CTI) desarrolla el tema *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*. Es el fruto de un estudio realizado en el transcurso de su noveno quinquenio por parte de una de sus tres subcomisiones. El texto fue aprobado en la Sesión Plenaria del año 2017, luego fue presentado a su Presidente, s.e. Luis F. Ladaria, s.j., prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, quien autorizó la publicación después de recibir el parecer favorable del Papa Francisco el 2 de marzo de 2018.

Se trata de un texto de eclesiología sistemática que integra variados aportes de la exégesis bíblica, la historia de la Iglesia, la teología dogmática, la teología pastoral, el derecho canónico, la teología espiritual, la liturgia, el ecumenismo y la doctrina social de la Iglesia.

La sinodalidad configura a la Iglesia como Pueblo de Dios en camino y asamblea convocada por el Señor. El andar juntos por el camino incluye el estar juntos en asamblea. La sinodalidad surge de la comunión eucarística y anima la peregrinación misionera de la Iglesia. Las asambleas, en especial los concilios ecuménicos y los sínodos episcopales, son momentos históricos privilegiados de un discernimiento guiado por el Espíritu Santo al servicio de la evangelización.

«El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio». El Papa Francisco dijo esta frase en el discurso pronunciado el 17 de octubre de 2015, en la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos por parte del beato Pablo VI, poco antes de concluir el Concilio Vaticano II. Se trata de una afirmación programática y comprometida, dicha con la parresia del Espíritu, que se sitúa en el contexto de su llamado a la reforma de la Iglesia a través de una conversión pastoral y una salida misionera. La sinodalidad «ha subrayado» «es dimensión constitutiva de la Iglesia», de modo que «lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, ya está todo contenido en la palabra "Sínodo"».

Finalidad y estructura del documento

El documento, editado en la página oficial de la Santa Sede el pasado 3 de mayo, se propone ofrecer algunas líneas para profundizar el significado teológico de la sinodalidad en la perspectiva de la eclesiología católica. En el primer capítulo se remonta a los datos normativos que se encuentran en la Sagrada Escritura, en la Tradición y en la historia milenaria de la Iglesia, para poner en plena luz el enraizamiento de la figura sinodal en el desarrollo histórico de la Revelación y para evidenciar las connotaciones fundamentales y los criterios teológicos que definen el concepto y regulan la práctica. El capítulo segundo esboza una teología de la sinodalidad en sintonía con la enseñanza del Concilio Vaticano II. Expone el misterio de la Iglesia como comunión del Pueblo de Dios peregrino y misionero, con una especial referencia a las propiedades distintivas de la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia.

Sobre esta base eclesiológica los capítulos siguientes intentan ofrecer algunas orientaciones pastorales y espirituales. En el marco de la vocación sinodal del Pueblo de Dios, el capítulo tercero se refiere a la concreta actuación de la sinodalidad considerando los sujetos, las estructuras, los procesos y los acontecimientos sinodales. La despliega en varios niveles: en la Iglesia particular, en la comunión entre las Iglesias particulares de una región y en el conjunto de la Iglesia universal, recogiendo aportes de las tradiciones y estructuras de las Iglesias de oriente y de occidente. El cuarto ofrece orientaciones para la conversión espiritual y pastoral hacia una renovada sinodalidad, analizando la espiritualidad de comunión y el discerni-



El documento de la Comisión Teológica Internacional sobre la sinodalidad de la Iglesia

Caminar juntos en la audacia del espíritu

miento comunitario y apostólico, y atendiendo a los reflejos positivos en el camino ecuménico y en la diaconía social de la Iglesia.

Clave cristológica y experiencia eclesial

El carácter ejemplar del Concilio de Jerusalén (*Hechos 15, 4-29*) manifiesta la vida sinodal desde los orígenes cristianos. Allí, frente a un desafío pastoral y doctrinal decisivo, se ejerció el método del discernimiento comunitario y apostólico bajo la guía del Espíritu Santo (*Hechos 15, 28*). En esa reunión participaron, diversamente, «apóstoles y presbíteros con toda la Iglesia» (*Hechos 15, 4.6.22*). En

ese acontecimiento se ha fundado la tradición sinodal y conciliar de la Iglesia.

El Documento comprende la sinodalidad en clave cristológica-trinitaria. Los cristianos «fijamos la mirada en Jesús» (*Hebreos 12, 2*). El es el peregrino evangelizador que anuncia la Buena Noticia del Reino de Dios (*Lucas 9, 57*). La Iglesia es la comunidad de aquellos que siguen «el camino del Señor» (*Hechos 9, 2*). Jesús es «el Camino» (*Juan 14, 6*) de Dios al hombre y de éste al Padre. Él, Caminante, Camino y Patria, nos acompaña para recorrer el «camino más perfecto» (*1 Corintios 12, 31*).

San Juan Crisóstomo afirmó que «Sínodo es nombre de Iglesia», es decir, un camino hecho juntos. Explica que la Iglesia es la asamblea con-

vocada para dar gracias y cantar alabanzas a Dios como un coro, una realidad armónica donde todo se mantiene unido, porque quienes la componen, mediante su relación recíproca y ordenada, coinciden en un mismo sentir por el amor.

Sínodo es una palabra griega compuesta por la preposición *syn*, que significa «con», y el sustantivo *hodos*, que significa «camino». Camino hecho juntos bajo la guía del Señor resucitado por parte del conjunto del Pueblo de Dios en la variada pluralidad de sus miembros y en el ejercicio responsable y convergente de los distintos ministerios, carismas, deberes y estados de la vida.

La Iglesia es un caminar juntos que contempla la reunión en asamblea a partir de aquella forma

original y constitutiva que es la asamblea eucarística. El Pueblo de Dios escucha la Palabra de Dios y celebra la comunión con el Cuerpo de Cristo, gracias al cual El se hace presente de forma plena en la historia. De la experiencia de la fe vivida han surgido las asambleas eclesiales que buscan discernir, en escucha del Espíritu Santo, las cuestiones doctrinales, canónicas y pastorales planteadas con el transcurso del tiempo. Aquellas han generado una ininterumpida praxis sinodal a nivel diocesano, provincial, regional y universal. El documento tiene presente la variada práctica sinodal que se ha dado a partir del magisterio del Vaticano II y de una forma situada en las Iglesias locales radicadas en distintas culturas y continentes.

Desde la eclesiología conciliar

La Constitución dogmática *Lumen gentium* ofrece los principios fundamentales para una inteligencia de la sinodalidad en la comunión del Pueblo santo por la Santísima Trinidad (LG 4). El orden de sus tres primeros capítulos constituye una novedad en la historia del magisterio y de la teología. La secuencia: Misterio de la Iglesia (cap. 1), Pueblo de Dios (cap. 2), Constitución jerárquica (cap. 3) enseña que, en el designio trinitario de la salvación, la jerarquía —el Colegio Episcopal encabezado por el Obispo de Roma— está al servicio del Pueblo de Dios misionero.

La sinodalidad expresa la condición de sujeto que le corresponde a toda la Iglesia y a todos en la Iglesia. Todos los bautizados son parientes de camino, llamados a ser sujetos activos en la santidad y en la misión porque participan del único sacerdocio de Cristo y están enriquecidos por los carismas del Espíritu. En esa línea, el Papa Francisco se refiere a la Iglesia como el santo Pueblo fiel de Dios, completando una rica expresión conciliar (LG 12a).

En este contexto eclesiológico el neologismo «sinodalidad» no designa un mero procedimiento operativo sino la específica forma de vivir y obrar (*modus vivendi et operandi*) de la Iglesia como Pueblo de Dios que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente en la misión evangelizadora. La sinodalidad expresa y actualiza la naturaleza y la misión de la Iglesia en la historia orientada hacia la plenitud del Reino de Dios. Por eso Iglesia es nombre de Sínodo y Sínodo es nombre de Iglesia.

La sinodalidad designa tres realidades de la vida y la misión de la Iglesia. Ante todo, el estilo peculiar que califica su modo ordinario de vivir y de obrar. Además, señala las estructuras y los procesos que expresan la comunión sinodal a nivel institucional. También, incluye la realización puntual de aquellos acontecimientos —desde un sínodo diocesano a un concilio ecuménico— en los cuales la Iglesia es convocada a actuar sinodalmente a nivel local, regional y universal.

En la Conmemoración del 50º Aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos, Francisco se refirió a la sinodalidad como una dimensión constitutiva de la Iglesia. Su enseñanza está convalidada por los procesos de participación y de consulta que impulsó en las dos asambleas sinodales dedicadas a analizar el amor en la vida del matrimonio y la familia durante el trienio 2013-2015. La exhortación *Amoris laetitia* es un fruto de esa práctica sinodal y colegial.

La pirámide invertida de la sinodalidad

Francisco supera la tradicional figura piramidal, que todavía marca cierto imaginario colectivo. Propone una Iglesia sinodal empleando la sugestiva imagen de una pirámide invertida. Esta reinvención de la figura fue realizada por el Concilio y es confirmada por el Papa argentino. La teología de la sinodalidad es un desarrollo original y homogéneo del acontecimiento conciliar y de su magisterio eclesiológico. Siguiendo la lógica de la *Lumen gentium* (LG 18), ella ofrece el marco interpretativo para comprender y vivir el ministerio jerárquico —cima de la pirámide que se ubica en la base— como un humilde servicio al Pueblo de Dios, base que se sitúa en la cima.

La sinodalidad se asienta sobre dos pilares: el *sensus fidei* de todo el Pueblo de Dios —tema de otro documento de la CTI en 2014— y la colegialidad sacramental del episcopado en comunión jerárquica con el Papa. Invita a desplegar la comunión sinodal entre «todos», «algunos» y «unos», articulando los dones del pueblo cristiano, la misión del episcopado y el servicio del Sucesor de

Caminar juntos en la audacia del espíritu

VIENE DE LA PÁGINA 7

Pedro. La circularidad entre la profecía de la *universitas fidelium*, el discernimiento del colegio episcopal y la presidencia del ministerio petrino enriquece a la Iglesia entera. Conjuga la dimensión comunitaria del Pueblo de Dios, la dimensión colegial del ministerio episcopal y el primado diaconal del Obispo de Roma. Un proceso análogo se da en las Iglesias particulares y las agrupaciones de Iglesias. El documento analiza la actuación de sujetos, estructuras, procesos y eventos sinodales que articulan la autoridad de algunos y la participación de todos.

El concepto de sinodalidad se distingue y se relaciona con los conceptos de comunión y de colegialidad, que están en el corazón de la doctrina eclesiológica del Vaticano II. Respecto a comunión, sinodalidad explícita el concreto modo de vivir y de obrar que despliega en la historia la participación de los discípulos en la comunión de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero también dice algo específico en relación a la colegialidad, en cuanto que este último concepto expresa el significado y el ejercicio del ministerio de los obispos en tanto miembros del colegio episcopal en comunión jerárquica con el Obispo de Roma para servir a las Iglesias locales en el seno de la única Iglesia universal. El documento de la CTI insiste en que el dinamismo sinodal del que vive la Iglesia y su misión implica ambas cosas: la participación y la corresponsabilidad de todos los bautizados, y el ejercicio específico de la autoridad de los pastores.

Un camino de reforma sinodal y misionera

En 1965 Karl Rahner sostuvo que en el Vaticano II se manifestó el principio sinodal y colegial de la Iglesia. Con Francisco ingresamos en una nueva fase de la recepción del Concilio y la reforma de la Iglesia. Para él, el Vaticano II hizo una relectura del Evangelio a la luz de la cultura contemporánea e impulsó un proceso de renovación absolutamente irreversible. En la encíclica *Laudato si'* afirma que dirigió la exhortación *Evangelii gaudium* «a los miembros de la Iglesia en orden a movilizar un proceso de reforma misionera todavía pendiente» (LS 3). La reforma es la conversión sinodal y misionera de todo el Pueblo de Dios y todos en el Pueblo de Dios.

Con Francisco la dinámica de conversión pastoral impulsada desde la periferia latinoamericana hace aportes a una eclesiología sinodal y una reforma misionera. Esta Iglesia regional hizo una recepción situada del Vaticano II a partir de la Conferencia Episcopal de Medellín (1968) inaugurada por Pablo VI, continuada por las asambleas de Puebla (1979) y Santo Domingo (1992). Hace 50 años aquella mostró el rostro latinoamericano de esta Iglesia, la dimensión profética del Evangelio, el compromiso por una Iglesia pobre y de los pobres, la alegría de fe pascual.

En 2007, en la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y caribeño celebrada en el santuario de Aparecida en Brasil, el cardenal Bergoglio presidió la Comisión de Redacción del Documento y tuvo un rol significativo en su elaboración colegial y sinodal. El primer Papa del sur del Sur comparte su experiencia sinodal con la

Iglesia que camina el mundo entero. Esto confirma lo expresado por Yves Congar en 1950: «muchas reformas provienen de las periferias». La reforma de la Iglesia exige un salto de calidad para promover una renovada praxis sinodal capaz de involucrar a todos y a cada uno de sus miembros. No se trata de una simple operación de ingeniería institucional. El documento de la Comisión Teológica expresa que se trata ante todo de hacerse disponibles a aquella conversión del corazón y de la mirada, don del Espíritu de Cristo, tanto a nivel personal como pastoral, para desarrollar un estilo y una praxis sinodal que responda cada vez más a las exigencias del Evangelio y a la alegría de comunicar el Evangelio.

Dimensiones ecuménicas y culturales

Al mismo tiempo, es providencial que hoy se manifieste con claridad que la sinodalidad es una cuestión esencial en el camino ecuménico que recorren las Iglesias y comunidades eclesiales para llegar a la plena y visible unidad en Jesucristo. La Comisión Teológica Internacional hace referencia al Documento de Chieti (2016), fruto de los trabajos de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre Iglesia católica e Iglesia ortodoxa, y al documento del Consejo ecuménico de las Iglesias *The Church. Towards a Common Vision* (2013). Resulta providencial que en su exhortación programática el Sucesor de Pedro se refiera a la sinodalidad en el marco de lo que puede aprender la Iglesia católica de las iglesias ortodoxas (EG 246). La sinodalidad también ilumina el testimonio eclesial en el contexto de la sociedad global de nuestro tiempo. Los desafíos cruciales que enfrenta la familia humana piden un espíritu y una cultura del encuentro y, por eso, de actitudes de escucha, diálogo y cooperación. Ante el desinterés y la desconfianza que afectan el compromiso con cuestiones que hacen al bien común nacional e internacional, es necesario recrear espacios y procesos de ejercitación eficaz para la participación corresponsable. Pablo VI promovió la Iglesia del diálogo y Juan Pablo II la llamó a ser «casa y escuela de comunión». Hoy Francisco la convoca a «iniciar procesos» de «discernimiento, purificación y reforma» (EG 30). Caminando por el sendero de la reforma evangélica y evangelizadora la Iglesia puede aportar la «diacónía social» de la sinodalidad para ayudar a cultivar la justicia, la paz y el cuidado de la casa común a nivel local y global.

Por una teología más sinodal

La vida sinodal se refleja en el trabajo teológico y entraña un desafío para pensar la fe al servicio de la Palabra de Dios y de la nueva evangelización. Lo testimonia el medio siglo de la CTI, instituida por Pablo VI en 1969, acogiendo una propuesta del Sínodo de los Obispos de 1967. El documento sobre la sinodalidad cita el texto anterior de la Comisión sobre La Teología hoy: «Como en el caso de todas las vocaciones cristianas, el ministerio de los teólogos, al tiempo que personal, es también comunitario y colegial». Y agrega: «La sinodalidad eclesial compromete también a los teólogos a hacer teología en forma sinodal, promoviendo entre ellos la capacidad de escuchar, dialogar, discernir e integrar la multiplicidad y la variedad de las instancias y de los aportes». El Espíritu anima la Iglesia y actúa en la historia. Hoy nos desafía a desarrollar una teología de la sinodalidad e imaginar nuevos caminos para hacer teología sinodalmente.

*Decano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina y miembro de la Comisión Teológica Internacional (2014-2019)



Cosas nuevas y cosas antiguas

GIOVANNI MARIA VIAN

Al hojear el último libro de monseñor Leonardo Sapienza sobre el Papa Montini (*La barca de Pablo*, Cinisello Balsamo, Edizioni San Paolo, 2018, 240 páginas, 16 euros) viene enseguida a la mente el dicho de Jesús contado en el Evangelio de Mateo (13, 52) sobre el escriba que «convertido en discípulo del reino de los cielos es parecido a un dueño de casa que extrae de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas». Y lo nuevo se cruza precisamente con lo antiguo en los textos trazados y comentados por el autor en una especie de ideal reconstrucción biográfica.

El libro singularmente se abre y se cierra sobre dos pasajes que se remontan al pontificado de Pío XII, fielmente servido por casi un cuarto de siglo en la Secretaría de Estado por Montini. El 3 de enero de 1955, en la víspera de la partida hacia Milán, el nuevo arzobispo da las gracias al Papa en una carta firmada de tres páginas reproducidas en facsímil, mientras que al final del mismo año se remontan breves anotaciones del sustituto Angelo Dell'Acqua, también estas reproducidas en facsímil, «sobre la aparición de Nuestro Señor tenida» por el Pontífice el 2 de diciembre de 1954, confirmada por L'Osservatore Romano del 11 de diciembre de 1955 y poco después por el mismo Papa al sustituto.

Decenas son los textos, precisamente nuevos y viejos, que Sapienza publica, relativos al episcopado milanés y sobre todo el quindenio del pontificado. Son dramáticos los documentos sobre el caso Lefebvre, pero sobre todo impresionan las firmas de los textos que Pablo VI escribe el 2 de mayo de 1965 para su secretario de Estado y para el decano del colegio cardenalicio, «en caso de nuestra enfermedad o de otro impedimento» que le hiciera imposible «ejercitar con suficiente eficacia nuestro apostólico oficio». Inéditos que el autor ha publicado con el estímulo del Papa Francisco junto a un breve comentario del mismo Pontífice, con fecha del 8 de diciembre de 2017.

Cuando escribe estos textos Montini es Papa desde hace menos de dos años. Pocas semanas más tarde, el 30 de junio de 1965, segundo aniversario de su elección, escribirá las célebres «Notas para nuestro Testamento», completado por breves añadidos en 1972 y 1973. «Consciente de nuestra responsabilidad delante de Dios, y lleno el corazón de la reverencia y de la caridad, que me unen a la santa Iglesia católica, ni olvidando nuestra misión evangélica hacia el mundo» se lee en el corazón del texto.

Escrito que su actual sucesor define como «un humilde y profético testimonio de amor a Cristo y a su Iglesia», subrayando que el Pontífice «no escapa de sus responsabilidades», sino concluyendo que «debemos dar gracias a Dios, el único que guía y salva la Iglesia, por haber permitido a Pablo VI continuar hasta el último día de vida, siendo padre, pastor, maestro, hermano y amigo». Con una declaración que confirma la admiración de Bergoglio por su predecesor del cual proclamará dentro de pocos meses la santidad.

Con finura, Sapienza ha elegido para la portada del libro un detalle de un pequeño cuadro de Aldo Carpi inspirado en el viaje a Tierra Santa y regalado a Pablo VI por el artista. Para ilustrar la relación entre Montini y el apóstol Pedro, pero también la navegación no siempre tranquila de su pequeña barca. Que es la del pescador, pero que en la interpretación de muchos autores cristianos representa también la de la Iglesia en el mundo.

Nuestra misión evangélica hacia el mundo

Publicamos nuestra traducción al español de la nota escrita a mano por Pablo VI al cardenal secretario de Estado.

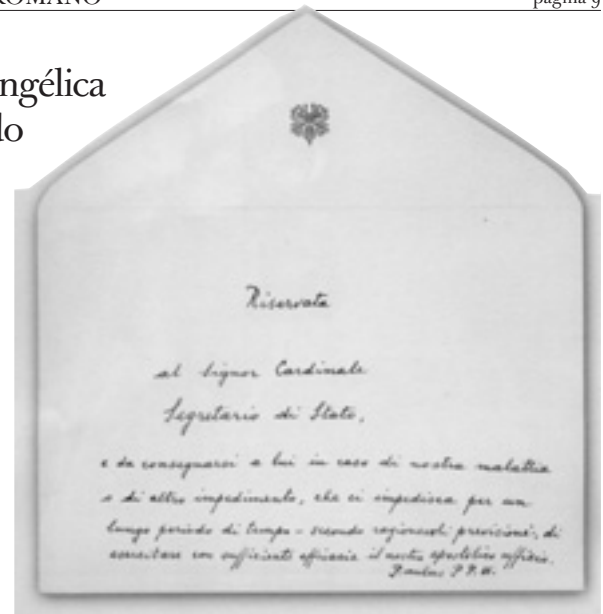
La carta aquí unida, dirigida al señor cardenal decano del Sacro Colegio, podrá ser leída por el señor cardenal nuestro secretario de Estado y será por él entregada, por los relativos efectos, al mismo señor cardenal decano, en el caso de nuestra enfermedad o de otro grave impedimento, que no nos permita, según las previsiones, por un periodo largo de tiempo, ejercer con suficiente eficacia nuestro apostólico oficio.

PAULUS PP. VI
2 de mayo de 1965.

A continuación publicamos la carta enviada al decano del colegio cardenalicio.

Reservada al señor cardenal decano del Sacro Colegio

Nos, Pablo VI, por divina Providencia Obispo de Roma y Pontífice de la Iglesia universal, en presencia de la santísima trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo —invocado el nombre de Jesucristo, Nuestro Maestro, nuestro Señor y nuestro Salvador, a él debemos todo el amor y todo el servicio a nosotros posibles y de cuya suma potestad pastoral estamos indignamente pero auténticamente revestidos— confiados en la asistencia benigna de María Santísima, de san Juan Bautista y de



san José, de san Pedro apóstol, cuyas llaves nos han sido confiadas y de san Pablo apóstol, de quien queremos asumir como ejemplo y protección su nombre, de los santos y de todos los ángeles, conscientes de nuestra responsabilidad frente a Dios y lleno el corazón de reverencia y caridad, que nos unen a la santa Iglesia católica, no desmemoriados de la misión evangélica nuestra hacia el mundo,

declaramos:

— en el caso de enfermedad, que se presume incurable o de larga duración y que nos impida ejercitar suficientemente las funciones de nuestro ministerio apostólico;

— o bien en el caso de que otro grave y prolongado impedimento sea igualmente obstáculo,

de renunciar a nuestro sacro y canónico oficio, tanto como Obispo de Roma como como Jefe de la misma santa Iglesia cató-

lica, en las manos del señor cardenal decano del sacro colegio cardenalicio, dejando a él, conjuntamente al menos a los señores cardenales que están a cargo de los dicasterios de la Curia Romana y al cardenal nuestro Vicario para la ciudad de Roma (siempre que se puedan convocar normalmente; y en caso contrario a los señores cardenales jefes de las órdenes del Sacro Colegio), la facultad de aceptar y de hacer operativas estas nuestras dimisiones, que solo el bien superior de la santa Iglesia nos sugiere y al cual imploramos con todo el corazón lo mejor posible de proporcionar, que auspicio nuestra bendición apostólica.

PAULUS PP. VI

Datado en Roma, en San Pedro en el domingo del Buen Pastor, 11 después de Pascua, el 2 de mayo de 1965, 11 nuestro Pontificado

Humilde testimonio y una prueba más de santidad

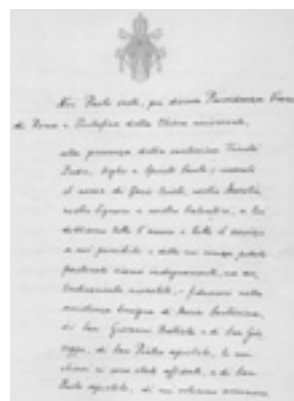
El comentario del Papa al escrito de Pablo VI

Publicamos el texto del Papa Francisco como comentario de los escritos de Pablo VI recogidos en el volumen de monseñor Leonardo Sapienza «La barca di Paolo» (La barca de Pablo).

He leído con asombro estas cartas de Pablo VI, que me parecen un humilde y profético testimonio de amor a Cristo y a su Iglesia; y una prueba más de la santidad de este gran Papa.

Frente a la tremenda misión que le fue confiada; frente a denegaciones y a una sociedad en cambio vertiginoso, Pablo VI no elude sus responsabilidades.

Lo que a él le importa son las necesidades de la Iglesia y del mundo. Y un Papa impedido



Carta de Pablo VI al decano

por una grave enfermedad no podría ejercer con suficiente eficacia el ministerio apostólico.

Por eso, en conciencia y después de una madura reflexión, indica sus precisas voluntades, por el bien superior de la Santa Iglesia.

Debemos agradecer a Dios, el único que guía y salva la Iglesia, por haber permitido a Pablo VI continuar hasta el último día de vida siendo padre, pastor, maestro, hermano y amigo.

Ciudad del Vaticano, 8 de diciembre de 2017

Franciscus

La homilía del Pontífice

Misa en Santa Marta

La fe se transmite en familia

En las grandes ciudades cada vez son más frecuentes las cuidadoras extranjeras que hacen de segunda madre y transmiten con la concreción del amor y del testimonio la fe a los niños. Y tal vez los padres, ocupados con mil compromisos de trabajo, deberían redescubrir la belleza de su papel al transmitir la fe a sus hijos y no esperar a la catequesis en la parroquia o a cualquier participación ocasional en la misa. Es una fuerte invitación a ser testigos del Evangelio para suscitar la curiosidad en quien no cree y abrir así el trabajo del Espíritu Santo que el Papa Francisco lanzó el jueves, 3 de mayo, por la mañana en la misa en Santa Marta. Con un pensamiento y una oración particular para todos los padres. Es la sugerencia a no transmitir la fe haciendo proselitismo o buscando apoyos como para un equipo de fútbol.

«En el pasaje de la carta de san Pablo a los Corintios se habla de la transmisión de la fe» hizo inmediatamente presente Francisco refiriéndose a la primera lectura (15, 1-8). Y repitiendo las palabras escritas por el apóstol: «A vosotros, de hecho, os he transmitido sobre todo lo que yo también he recibido». Y es precisamente así, explicó el Papa, como «se transmite la fe: doy aquello que he recibido y Pablo recita lo que ha recibido». Pero «la fe no es solamente el rezo del Credo: la fe se expresa en el Credo pero es más». Porque si «todo lo que creemos está en el Credo, la actitud de fe va más allá, es otra cosa, más grande».

Por el resto, relanzó el Pontífice, «transmitir la fe no es dar informaciones, sino fundar un corazón, fundar un corazón en la fe en Jesucristo». Por esa razón, «transmitir la fe no se puede hacer mecánicamente» diciendo: «toma este libro, estúdialo y después te bautizo». No, insistió Francisco, «es otro el camino para transmitir la fe: es transmitir lo que nosotros hemos recibido».



Y precisamente «este es el desafío de un cristiano: ser fecundo en la transmisión de la fe» afirmó el Papa. Pero es «también el desafío de la Iglesia: ser madre fecunda, dar a luz a los hijos en la fe» añadió, explicando que «esta no es una exageración: lo decimos en la ceremonia del bautismo». Por lo tanto, he aquí «la Iglesia que “da a luz”, que es “madre”». Y en esta perspectiva Francisco sugirió «dos pistas de la transmisión de la fe».

«La Iglesia es madre si transmite la fe en el amor, siempre con aire de amor» dijo el Pontífice, recordando que «no se puede transmitir la fe sin este aire materno». Tanto que «alguno ha escrito elegantemente» que «la fe no se da, se da a luz». Y precisamente «la Iglesia quien da a luz en nosotros la fe: es decir, la transmisión de la fe siempre se da en el aire del amor, de la madre Iglesia, se da en casa».

El mismo san Pablo, continuó el Papa, «recuerda a Timoteo, hermoso ese pasaje, “yo recuerdo la fe de tu madre y de tu abuela”». Por lo tanto, explicó Francisco, «es la fe lo que se transmite de generación en generación, como un don». Pero siempre «en el amor, en el amor de la familia: allí se transmite la fe, no solo con palabras, sino con amor, con caricias, con ternura».

El Pontífice repropuso también, a este respecto, el episodio que se cuenta en el libro de los Macabeos, «cuando aquella mujer daba fuerza a los siete hijos frente al martirio: en el texto se dice dos veces que esa mujer hablaba a los hijos en lengua materna, hablaba en lengua, les daba fuerza en la fe pero en lengua materna». Porque «la verdadera fe se transmite siempre en dialecto: el dialecto del amor, de la familia, de la casa, lo que se entiende en el aire». Y «tal vez la lengua es la misma, pero hay algo de dialecto allí y allí se transmite la fe “maternalmente”».

Substancialmente, explicó el Papa, si la «primera actitud para la transmisión de la fe es el amor, otra actitud es el testimonio». En realidad, afirmó, «transmitir la fe no es hacer proselitismo: es otra cosa, es más grande incluso». Ciertamente, continuó, «no es buscar gente que apoye a este equipo de fútbol, a este club, este centro cultural: eso está bien, pero para la fe no funciona el proselitismo». Y «bien lo ha dicho Benedicto XVI: “La Iglesia crece no por proselitismo sino por atracción”». De hecho, dijo Francisco, «la fe se transmite, pero por atracción, es decir, por testimonio». Y, añadió, «hoy celebramos la fiesta de dos apóstoles, Felipe y Santiago, que dieron la vida, transmitieron la fe con testimonio». Testimoniar la fe, por lo tanto.

En este sentido, el Papa quiso compartir un recuerdo personal: «Una vez en una de las Jornadas de la juventud, creo que estaba en Cracovia, en un almuerzo con los jóvenes, un joven me preguntó: “yo tengo un compañero que es ateo, pero él es bueno y bueno, le quiero. ¿Qué debería decirle para que se convierta?”». Y he aquí la respuesta directa del Papa: «Mejor no le digas nada, haz. Y que se pregunte: ¿por qué este hombre se está comportando así? ¿Por qué este hombre hace esto cuando es normal hacer lo opuesto? Da testimonio».

Es un hecho, explicó el Pontífice, que «el testimonio provoca curiosidad en el corazón del otro y esa curiosidad la toma al Espíritu Santo» que comienza a funcionar «dentro». Y así «la Iglesia crece por atracción, crece por atracción, y la transmisión de la fe se da a través del testimonio, hasta el martirio». Precisamente, «cuando uno ve esta coherencia de la vida con lo que decimos, la curiosidad siempre llega: “¿Pero por qué vive así? ¿Por qué lleva una vida de servicio a los demás?”». Y «esa curiosidad es la semilla que toma el Espíritu Santo y la lleva adelante, y la transmisión de la fe nos hace justos, nos justifica».

Por lo tanto, afirmó el Papa, «la fe nos justifica y en la transmisión nosotros damos la justicia verdadera a los demás». En el fondo «es simple» lo que escribe Pablo a los Corintios: «A vosotros, de hecho, os he transmitido, sobre todo, lo que he recibido». Las del apóstol son palabras claras: «He transmitido lo que he recibido». Recuerdan «la transmisión de la fe en el amor, en casa». Pero, reveló Francisco, «muchas veces en casa se escucha decir: “cuando vaya a catequesis, aprenderá”». Y «muchas veces son las cuidadoras, mujeres de fe las que transmiten, las que dan, transmiten la fe a los niños: también cuidadoras extranjeras» tal vez los «padres trabajan, van, sí, tal vez van a la misa una, dos, tres, cuatro veces al año, tal vez van a la misa así, son católicos, pero no saben transmitir la fe; y son las cuidadoras las que transmiten la fe».

Y esto, dijo el Papa, «es un hecho que se ve todos los días en las grandes ciudades e incluso aquí en Italia». La fe se transmite «con amor» y «la cuidadora es la que acaricia, la que cuida, que lo hace crecer, que ayuda a la madre, es como una segunda madre». Y «esto está transmitiendo la fe en el amor, en el testimonio», porque no se trata de «transmitir una cosa, una filosofía», sino de «transmitir algo que te justifica, eso te hace bien a los ojos de Dios». En conclusión, el Papa invitó a pedir «al Señor por que tantos padres se ocupen de esto, que sepan que transmitir la fe es algo grandioso, muy hermoso, muy hermoso». Y también pedir «por tantos cristianos, que el Señor nos dé todas las fuerzas para dar testimonio y con el testimonio sembrar la curiosidad; y esa curiosidad toma el Espíritu Santo y abre el corazón para recibir la fe».

El pueblo sabe si el obispo es un pastor

El obispo es un hombre que «sabe velar con su pueblo» con «una actitud de cercanía» y de implicación total. Y «el pueblo sabe reconocer si el obispo es un pastor» que construye una relación «íntima» tanto como para «conocer los nombres de todos» para cuidarlos, o es «un empleado» de negocios «siempre con la maleta en la mano». La misión del obispo de «cuidar y confirmar la fe» fue delineada y relanzada por el Papa Francisco en la misa celebrada el viernes 4 de mayo en Santa Marta.

«Ayer la liturgia nos había hecho reflexionar sobre la transmisión de la fe, sobre cómo se transmite la fe», hizo enseguida presente el Papa. Y «hoy este pasaje de los Hechos de los apóstoles —explicó refiriéndose a la primera lectura (15, 22-31)— nos hace reflexionar sobre custodiar la fe y sobre confirmar en la fe», recordando que «este custodiar la fe y confirmar en la fe principalmente es el trabajo de los obispos».

«La situación es clara», prosiguió el Pontífice y «la describen los apóstoles, los obispos» en la carta para los cristianos de Antioquía reportada en el pasaje de los Hechos: «Habiendo sabido que algunos de entre nosotros, sin mandato nuestro, os han perturbado con sus palabras, trastornando vuestros ánimos».

En resumen «los obispos, los apóstoles, reaccionan con Pedro frente a esta falta de paz: estaban trastornados —explicó Francisco— porque fueron estos que eran cristianos pero querían reinstaurar la iniciación judía, los judaizantes, y decían: “nosotros tenemos la verdadera doctrina, no es la que dice Pablo”». Como diciendo: «Pablo no; nosotros. Estas son novedades malas».

Pero «con este discurso —afirmó el Papa— la pobre gente se sintió desorientada: se presentaron estos “ortodoxos de la verdadera doctrina” a defender a la gente, pero el efecto fue el contrario». Tanto que «la comunidad permaneció trastornada, desorientada». Por una parte, pensaba la gente, «Pablo nos dice esto», pero «estos que son doctores con tanto título nos dicen esto». Pero entonces «¿cuál es el camino?».

Por eso, «en Jerusalén, Pedro con el colegio de los obispos toman las riendas de la situación, rezan, reflexionan y responden». Son «precisamente los obispos quienes custodian la fe y, todavía más, en un momento en el que el pueblo está desorientado, por esta gente que va a meter la nariz ahí con doctrinas que parecen más ortodoxas pero al final no son de raíz cristiana, los obispos son aquellos que confirman en la fe».

Así, hizo notar el Pontífice, «el pueblo, que estaba trastornado, cambió de ánimo después de la carta», como indica la página de los Hechos de los apóstoles: «Cuando la leyeron, se alegraron por el aliento que infundía». Es así que la situación «cambia», porque «cuando el obispo confirma en la fe, viene la alegría, la alegría del corazón».

De hecho, prosiguió, «el obispo es el que vela, el que vigila». Y «la palabra griega dice esto: el obispo es aquel «que observa». En resumen, el obispo «es un poco el centinela, también, que sabe mirar para defender el rebaño de los lobos que vienen: mira, está por encima del rebaño y con el rebaño; camina con su rebaño, cuida del rebaño».



«La vida del obispo está implicada con la vida del rebaño» reiteró el Papa. Ciertamente, «no es un empleado de una multinacional, por ejemplo, que va a hacer de inspector». Sin embargo, «el obispo está implicado con el rebaño pero vela». Y «hay una cosa más profunda en la forma de velar del obispo», porque «el obispo, como los pastores, velan». Y «velar —explicó Francisco— significa estar con el pueblo, también de noche: pensemos en los pastores en Belén» que «se turnaban durante la noche».

«Velar», reiteró el Pontífice, es «una bonita palabra para describir la vocación del obispo: velar para custodiar de los lobos, para confirmar la fe cuando el rebaño está un poco desorientado, para custodiar la fe». Por otro lado, añadió, «velar significa implicarse en la vida del rebaño. Jesús diferencia bien el verdadero pastor del empleado, de ese que va por el pago y no le interesa si viene el lobo y come» a una oveja: «no le interesa».

Sin embargo «el verdadero pastor que vela, que está implicado en la vida del rebaño, defiende no solo a todas las ovejas: defiende a cada una, confirma a cada una y si una se va o se pierde, va a buscarla y la lleva de regreso al redil». Y «está tan implicado que no deja que se pierda una». Pero esta es también «la oración de Jesús: en la última cena pide al Padre la gracia de que no se pierda ninguno: Jesús es obispo ahí y como obispo cuida de todos».

«Velar significa todo esto» afirmó el Papa, recordando que «el verdadero obispo no es solamente el vigilante que mira desde arriba hacia abajo, no es solamente el centinela», sino que «es el que vela implicado; que conoce el nombre de cada una de las ovejas y esto nos hace entender cómo Jesús ha concebido al obispo: centinela».

«La capacidad de velar nos dice “cercanía”» insistió Francisco. Por eso el pastor conoce a cada oveja «por nombre, dice Jesús». Y «el Espíritu Santo dio al pueblo de Dios el olfato de entender dónde hay un verdadero obispo respecto a un obispo que está desorientado». Por otro lado, añadió, «cuántas veces hemos escuchado: “Oh, este obispo, sí, es bueno, pe-

ro no cuida mucho de nosotros, está siempre ocupado”; o: “Este obispo se implica en los negocios, es un poco de negocios y eso no está bien”; o: “Este obispo se ocupa de cosas que no van con su misión; o: “Este obispo está siempre maleta en mano, siempre viajando, por todos lados”, o “guitarra en mano”, cada uno puede pensar».

«El pueblo de Dios —repitió el Pontífice— sabe cuando el pastor es pastor, cuando el pastor es cercano, cuando el pastor sabe velar y da la propia vida por ellos». El punto central es precisamente «la cercanía» y «la vida del obispo es estar con el rebaño, con cada uno». Y «la alegría del obispo» es «que ninguna oveja se pierda». Es más, «la muerte del obispo, del verdadero obispo», está siempre «en su rebaño».

«A mí me conmueve mucho pensar —confió al respecto Francisco— en la muerte de san Toribio de Mogrovejo: allí, en un pequeño pueblo indígena, en una tienda, rodeado de los cristianos indígenas que le tocaban la chirimía para que muriera en paz». Es la imagen del «pueblo que ama al obispo que les había cuidado».

«El obispo, con esta actitud de cercanía, de velar, de implicarse —también de oración, porque la primera tarea de los obispos es rezar— tiene esa relación íntima que Jesús ha querido entre obispo y pueblo, y con esta actitud confirma en la fe» afirmó el Papa. Él «custodia la fe del pueblo». Y precisamente «esto hicieron en Jerusalén los apóstoles con Pedro: vieron estos inquietos que iban allí, creyendo ser los verdaderos teólogos del cristianismo, para dar la verdadera doctrina», pero al final «trastornaron al pueblo, y los apóstoles decidieron intervenir y confirmar en la fe a ese pueblo de Dios». En práctica, «se hicieron cercanos».

«Recomos al Señor —concluyó el Pontífice— para que nos dé siempre buenos pastores» y «que no falte a la Iglesia la custodia de los pastores: no podemos ir adelante sin ellos. Que sean hombres así, trabajadores, de oración, cercanos, cercanos al pueblo de Dios. Digámoslo en una palabra: hombres que sepan velar».

En la audiencia general en la plaza San Pedro el Papa concluye las reflexiones sobre el bautismo

La educación cristiana es un derecho de los niños

La educación cristiana «es un derecho de los niños». Y «es tarea de los padres, junto a padrinos y madrinas, hacerse cargo de alimentar la llama de la gracia bautismal en sus pequeños, ayudándoles a perseverar en la fe». Es cuanto recordó el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles 16 de mayo, en la plaza San Pedro, concluyendo el ciclo de catequesis dedicadas al bautismo.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy concluimos el ciclo de catequesis sobre el bautismo. Los efectos espirituales de este sacramento, invisibles a los ojos pero operativos en el corazón de quien se ha convertido en una nueva criatura, se hacen explícitos mediante la entrega del vestido blanco y de la vela encendida. Después del lavacro de regeneración, capaz de recrear al hombre según Dios en la verdadera santidad (cf. *Efesios* 4, 24) ha parecido natural, desde los primeros siglos revestir a los neobautizados con una vestimenta nueva, cándida, similar al esplendor

glos, el bautismo se llamaba también «iluminación» y a quien era bautizado se le llamaba «el iluminado». Esta es, de hecho, la vocación cristiana: «caminar siempre como hijos de la luz, perseverando en la fe» (cf. *Rito de iniciación cristiana de los adultos*, n. 226; *Juan* 12, 36). Si se trata de niños, es tarea de los padres, junto a padrinos y madrinas, hacerse cargo de alimentar la llama de la gracia bautismal en sus pequeños, ayudándoles a perseverar en la fe (cf. *Rito del Bautismo de los niños*, n. 73). «La educación cristiana es un derecho de los niños; esta tiende a guiarles gradualmente a conocer el diseño de Dios en

santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. *Gálatas* 5, 22-23)» (n. 15).

Al finalizar saludó a los grupos presentes.

Saludo especialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica. Los invito a poner los medios necesarios para que la gracia del bautismo crezca y fructifique en sus vidas. No se desalienten ante las dificultades y busquen a Dios una y otra vez, porque el Espíritu Santo da la fuerza necesaria para alcanzar la santidad en medio de las circunstancias que les toca vivir cada día.

Que Dios los bendiga. Muchas gracias.



de la vida conseguida en Cristo y en el Espíritu Santo. La vestimenta blanca, mientras expresa simbólicamente lo que ha sucedido en el sacramento, anuncia la condición de los transfigurados en la gloria divina. Lo que significa revestirse de Cristo lo recuerda san Pablo explicando cuáles son las virtudes que los bautizados deben cultivar: «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos, mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó. Y por encima de todo esto, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección» (*Colosenses* 3, 12-14). También la entrega ritual de la llama extraída del cirio pascual, recuerda el efecto del bautismo: «Recibe la luz de Cristo», dice el sacerdote. Estas palabras recuerdan que no somos nosotros la luz sino que la luz es Jesucristo (*Juan* 1, 9; 12, 46), el cual, resucitado de entre los muertos, venció a las tinieblas del mal. Nosotros estamos llamados a recibir su esplendor. Como la llama del cirio pascual da luz a cada vela, así la caridad del Señor Resucitado inflama los corazones de los bautizados, colmándolos de luz y calor. Y por eso, desde los primeros si-

Cristo: así podrán ratificar personalmente la fe en la cual han sido bautizados» (*ibid.*, Introducción, 3). La presencia viva de Cristo, para custodiar, defender y dilatar en nosotros, es lámpara que ilumina nuestros pasos, luz que orienta nuestras elecciones, llama que calienta los corazones en el ir al encuentro al Señor, haciéndonos capaces de ayudar a quien hace el camino con nosotros, hasta la comunión inseparable con Él. Ese día, dice el Apocalipsis, «ya no habrá noche, y ya no necesitaremos la luz de lámpara ni la luz del sol, porque el Señor Dios nos iluminará. Y reinaremos por los siglos de los siglos» (cf. 22, 5). La celebración del bautismo se concluye con la oración del Padre Nuestro, propia de la comunidad de los hijos de Dios. De hecho, los niños renacidos en el bautismo recibirán la plenitud del don del Espíritu en la confirmación y participarán en la eucaristía, aprendiendo qué significa dirigirse a Dios llamándolo «Padre».

Al finalizar estas catequesis sobre el bautismo, repito a cada uno de vosotros la invitación que expresé así en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*: «Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de

Nuevo llamamiento del Papa por la paz en Tierra Santa y Oriente Medio. Expresó preocupación y dolor por el recrudecimiento de la tensión en la región, pidiendo a las partes en causa y a la comunidad internacional un renovado compromiso para que prevalezcan «el diálogo, la justicia y la paz».

Estoy muy preocupado y afligido por la escalada de las tensiones en Tierra Santa y en Oriente Medio y por la espiral de violencia que aleja cada vez más de la vía de la paz, del diálogo y de las negociaciones. Expreso mi gran dolor por los muertos y los heridos y estoy cercano con la oración y el afecto a todos los que sufren. Reafirmo que el uso de la violencia nunca lleva a la paz. Guerra llama a guerra, violencia llama a violencia. Invito a todas las partes en causa y a la comunidad internacional a renovar el compromiso para que prevalezcan el diálogo, la justicia y la paz. Invocamos a María, Reina de la paz. «Dios te salve María...». ¡Que Dios tenga piedad de nosotros! Dirijo mi felicitación cordial para el mes del Ramadán que empezará mañana.

Que este tiempo privilegiado de oración y de ayuno ayude a caminar en la vía de Dios que es la vía de la paz.